
El huracán de la globalización: la exclusión y la destrucción del medio ambiente vistos desde la teoría de la dependencia



FRANZ J. HINKELAMMERT*

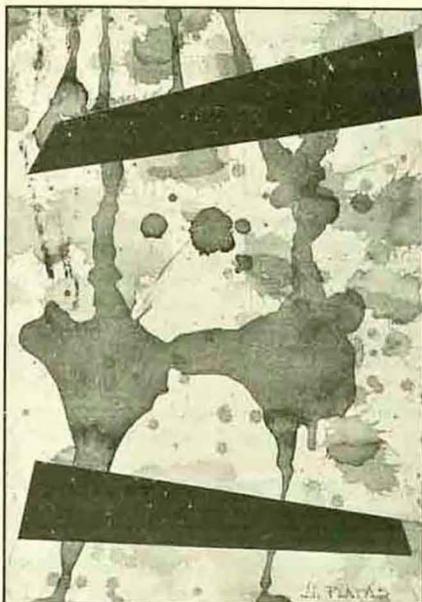
El proceso de la globalización pasa desde hace más de dos décadas por encima de América Latina, así como pasa por encima del mundo entero: como un huracán. La privatización de las funciones del Estado, el libre comercio, el desencadenamiento de los movimientos internacionales de los capitales, la disolución del Estado social, la entrega de las funciones de planificación económica a las empresas multinacionales y la entrega de la fuerza de trabajo y de la naturaleza a las fuerzas del mercado han arrollado el continente.

No ha habido casi ninguna resistencia relevante. En parte debido a que el terrorismo de Estado hacía imposible esta resistencia. Asesinato, tortura y la desaparición de personas, que posteriormente son escondidas en cementerios secretos, han acompañado este proceso casi en todas partes. Sin embargo, al mismo tiempo se atribuyó a la legitimación del proceso la supuesta falta de alternativas. Como aparentemente ya no existen espacios de soluciones al-

ternativas, la globalización y el sometimiento a ella aparecen como la única realidad. Sin embargo, las clases dominantes se presentaban como los administradores y ejecutores del proceso, y los medios de comunicación se transformaron en sus propagandistas. Todo esto ocurrió en nombre de los valores de la eficiencia y la competitividad.

Las teorías económicas y sociales dominantes no analizan el proceso de la globalización, sino que lo glorifican. El mercado total parece ser el fin de la historia y del conocimiento definitivo, de lo que la humanidad tiene que hacer. Parece ser el espíritu absoluto.

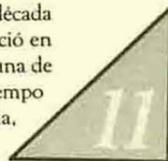
Frente a esta situación no puede sorprendernos que hoy en América Latina vuelva a tener importancia la teoría

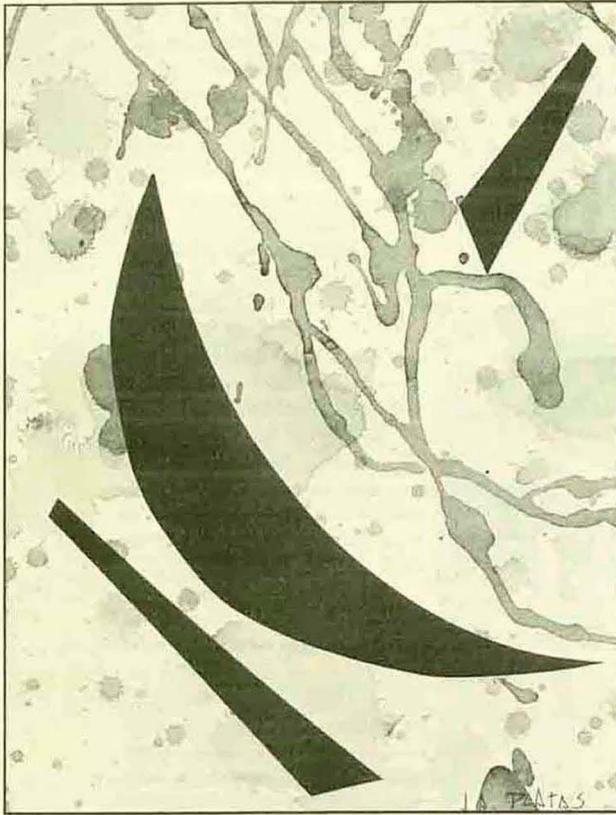


de la dependencia. Ella había surgido en las décadas de los años cincuenta y sesenta de este siglo y acompañaba la política de desarrollo, aplicada en América Latina desde la Segunda Guerra Mundial, hasta el decenio de los años setenta. Este proyecto de desarrollo, que en su tiempo había sido muy exitoso, entró en crisis desde fines de la década de los sesenta. La razón de esta crisis se debía a que la industrialización se concentraba en los mercados internos, resultando que la creciente cantidad de importaciones de bienes de inversión no podía ser pagada por exportaciones industriales correspondientes. El resultado fue una crisis de la balanza de pagos que pudo haberse solucionado mediante una restructuración del proceso de industrialización. Por el contrario, el huracán de la globalización llevó, a partir del golpe militar chileno de 1973, a la abolición y a la consiguiente denuncia del proyecto de industrialización y de desarrollo.

Se trata de una situación comparable con la actual de Europa Occidental. Ahí se vive una crisis

del Estado social que es transformado con el pretexto de su abolición. En vez de solucionar la crisis a través de una reformulación y recreación, se renuncia simplemente al Estado social y se le declara la causa de todos los males. Lo ocurrido con el proyecto de desarrollo latinoamericano también sucedió con las teorías que lo acompañaban e interpretaban, particularmente la de la dependencia. Ésta era una teoría importante precisamente en la década de los años sesenta en América Latina y que apareció en varias corrientes, de las cuales la marxista sólo fue una de ellas. Debido a que América Latina en este tiempo llevaba a cabo una política de relativa independencia, era importante y convincente el punto de vista de





la dependencia/independencia, ya que interpretaba adecuadamente la realidad de ese tiempo. Por esta razón se encontraba el punto de vista de la dependencia/independencia tanto en las opiniones de la organización regional de la ONU, la CEPAL, como en las posiciones de los políticos importantes, en las declaraciones de las organizaciones sociales de las más variadas orientaciones y en los análisis científicos, tanto en las universidades como en un sinnúmero de centros de investigación.

Sin embargo, el huracán de la globalización era incompatible con el punto de vista de la dependencia/independencia. En América Latina sustituyó al desarrollo independiente con el sometimiento bajo la lógica del mercado mundial: desarrollo por dependencia. La presión internacional, la persecución por parte de las dictaduras del terrorismo de Estado, el control de las universidades y de los centros de investigación —sea por control policiaco, sea por el cambio de la política de las fundaciones, de cuyo financiamiento depende una gran parte de las actividades científicas en América Latina— lograron expulsar, en poco tiempo, el punto de vista de la dependencia/independencia del espacio público.

Al imponerse el capital apoyado en la lógica del mercado mundial se impusieron teorías que más bien interpretaban esta dominación y que suelen —y creo, con razón— sintetizarse bajo el nombre de neoliberalismo. En nombre de la eficiencia y de la competitividad legitiman el sometimiento hacia la dependencia. Esta represión desde el punto de vista de la dependencia/independencia de la opinión pública, de ninguna manera demostraba que la teoría de la dependencia haya sido refutada ni que haya perdido su importancia.

Por el contrario, la dependencia había aumentado en tal grado que ya no se admitía hablar de ella públicamente. El hecho de que en las décadas de los años cincuenta y sesenta hubiera aparecido una teoría de la dependencia, comprueba que en el conjunto de las condiciones dependientes todavía existían espacios reconocidos de pensamiento y acción independientes. Desde la década de los años setenta el punto de vista de la dependencia se reprimió porque la dependencia se había vuelto definitiva y su crítica ya no fue aceptada. Sin embargo, la teoría de la dependencia no desapareció simplemente, sino que fue marginada y excluida de la opinión pública y de las publicaciones. Por ello, seguramente no volverá con el peso e importancia que tuvo en la década de los años sesenta, en cuanto se sigue imponiendo la lógica del mercado mundial y el actual proceso de globalización sin resistencia efectiva. Por esta misma razón las teorías neoliberales mantendrán su dominio independientemente de su falsedad. De hecho, hoy es muy poco útil. Como ya lo dijo Schumpeter, para la teoría de la utilidad también rige la tendencia de la utilidad marginal decreciente. Cuanto más de ella se tiene, menos sirve. Su actual utilidad teórica se restringe más bien a su capacidad de propiciar premios Nobel.

Sin embargo, la teoría de la dependencia vuelve a tener importancia. Se observa hoy una cierta crisis de legitimidad del proceso de la globalización y de sus ideologizaciones, tanto en América Latina como en Europa Occidental y en Estados Unidos, pero también en el resto del mundo. Con fuerza cada vez mayor se manifiestan las destrucciones del ser humano y de la naturaleza que este huracán trae consigo. Por eso ya no resulta tan fácil ignorar y bloquear a la opinión pública. Eso lleva hoy en América Latina a nuevas discusiones sobre la teoría de la dependencia y sus desarrollos desde la década de los años setenta. Por supuesto, también habrá que discutir sus debilidades y la necesidad de reformularla en un contexto general diferente.

Desde esta perspectiva, la teoría de la dependencia se distingue notablemente de las teorías neoclásicas y neoliberales dominantes. Durante más de 100 años éstas insisten con lo mismo sin ningún temor de contradecir a la realidad. Pero eso no significa, como creen sus representantes, que sean portadores de una verdad abso-

luta. Demuestra, más bien, hasta qué grado esta ventaja aparente se debe a simples tautologías subyacentes a estas teorías. Según la teoría neoclásica, el precio de mercado es racional si surge en el mercado competitivo, y existe un mercado competitivo si los precios son precios del mercado. Esto significa, en cuanto al salario, que es racional si surge en un mercado competitivo. Con eso se ha abstraído de la realidad y se tiene una teoría que no es susceptible a ninguna crítica. Por el contrario, la teoría de la dependencia tiene que desarrollarse constantemente porque habla de la realidad y no de tautologías. Por eso, desde esta perspectiva, el salario no es racional debido a que es resultado de un mercado competitivo; es racional si se puede vivir con este salario. Con esto termina la tautología y es necesario hablar de la realidad.

Estos desarrollos necesarios de la teoría de la dependencia no han tenido lugar desde la década de los años setenta. Sin embargo, actualmente crece la conciencia de que estos desarrollos tienen que ser integrados de nuevo en un marco teórico. Precisamente éste es el objeto de las discusiones que actualmente vuelven a aparecer. En este sentido, se trata de los problemas siguientes:

1. La política del desarrollo como una política del crecimiento.
2. La nueva polarización del mundo.
3. Las perspectivas de una política de desarrollo generalizada.

LA POLÍTICA DE DESARROLLO COMO UNA POLÍTICA DE CRECIMIENTO

En la década de los años sesenta la teoría de la dependencia compartía la opinión general de que la tasa de crecimiento económico puede ser considerada como una locomotora, que produce una dinámica en la sociedad entera, que lleva automáticamente al pleno empleo de la fuerza de trabajo y a la producción de un plusproducto capaz de asegurar y financiar la integración social de toda esta fuerza de trabajo. Se trata de aquellos que en su tiempo el canciller alemán Schmidt sintetizó de la manera siguiente: los ahorros de hoy son la inversión del mañana y los puestos de trabajo de pasado mañana.

De esta manera, la política económica fue transformada en política de crecimiento económico, cuyo producto podía servir, a través de medidas de política social correspondientes, a la integración de todos en la vida social. Esta concepción derivaba de la experiencia de Europa Occidental hasta la década de los años setenta, pero igualmente en general de la experiencia de la política de desarrollo de América Latina en los decenios de los años cincuenta y sesenta. También existió en América Latina la experiencia de que estas tasas de crecimiento positivas solamente eran posibles mediante una política de cre-

cimiento correspondiente, lo que llevó a la política de industrialización por medio de la sustitución de importaciones.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad de la década de los años sesenta se registró un fenómeno que llevó a cuestionar esta experiencia. En el curso de la década de los sesenta la producción industrial seguía creciendo con tasas de crecimiento altas, pero se notaba una estagnación de la fuerza de trabajo empleada en la industria. Por eso, se empezó a hablar en ese tiempo de una "estagnación dinámica".¹ Se trata de lo que actualmente se denomina *jobless growth*. En América Latina se hablaba en aquel tiempo de una crisis de la industrialización por medio de la sustitución de importaciones. Los representantes marxistas de la teoría de la dependencia buscaron entonces la solución más bien en relaciones socialistas de producción, de las cuales esperaban la posibilidad de combinar de nuevo altas tasas de crecimiento económico con una dinámica ascendente del empleo y un uso paralelo del plusproducto para cubrir los costos de la integración social. Pero de todas maneras se hacía visible la crisis del intervencionismo y del Estado social vinculado con él. La convicción de que las tasas de crecimiento pudieran ser la locomotora del pleno empleo se ha perdido actualmente en Latinoamérica.

El "estancamiento dinámico" (o *jobless growth*) se ha transformado inclusive en la forma dominante del crecimiento económico en los países centrales desarrollados. El mito de las tasas de crecimiento como receta para la solución de los problemas solamente sobrevive entre los partidarios de la política de globalización, aunque de una manera muy poco creíble. Uno de los últimos que lo sostiene todavía es el actual presidente de Brasil, Cardoso.

Sin embargo, ideas parecidas vuelven también en círculos socialdemócratas o sindicales de los países desarrollados centrales al insistir en cambiar la situación por políticas de demanda global a través de gastos del Estado. Aunque tales medidas tuvieran ciertos éxitos, no creo que puedan dar soluciones más bien generales de la misma manera en que fue posible en las décadas de los años cincuenta y sesenta. Parece ahora visible que en los países desarrollados no hay política económica alguna capaz de determinar autónomamente las tasas de crecimiento o incluso aumentarlas. Estos países dependen de un crecimiento intensivo, es decir, de un crecimiento que ya ha alcanzado lo hasta ahora

técnicamente posible y que puede seguir solamente al paso del surgimiento de nuevas posibilidades tecnológicas y de su aprovechamiento. Si hacemos abstracción de inversiones en infraestructura, entonces nuevas inversiones sólo pueden realizar tasas de crecimiento potenciales que han sido predeterminadas por nuevos desarrollos tecnológicos. Así, la inversión en capital productivo sólo puede ser influida escasamente por cambios en las tasas de interés. Sin embargo, si el crecimiento extensivo es obstaculizado, ahora el capital no puede ser empleado sino especulativamente; la estagnación dinámica no sólo se da en el empleo, sino que también se genera una estagnación dinámica en las inversiones productivas.

LA NUEVA POLARIZACIÓN DEL MUNDO

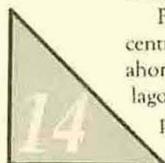
La teoría de la dependencia de la década de los años sesenta partió de la tesis de una polarización entre el Primer y el Tercer Mundo. Desde este punto de vista, el Primer Mundo había solucionado en gran medida sus problemas de desarrollo económico y social; parecía ser un "capitalismo con rostro humano". El Tercer Mundo, en cambio, parecía tener la tarea de lograr transformarse en algo que el Primer Mundo ya había logrado. Eso se veía como una relación jerárquica en el interior de la polarización entre países desarrollados y subdesarrollados. En el Primer Mundo —para algunos también en el Segundo Mundo— se podía aprender lo que había que hacer. Esta polarización tan simple seguramente ya no puede describir la situación actual. Debido a ello se habla actualmente de un Tercer Mundo en el Primero y un Primer Mundo en el Tercero. Los polos puros se han disuelto. Pero con ello el mismo Primer Mundo ha perdido su carácter de modelo. El capitalismo de los países centrales ya no se preocupa en mostrar algún rostro humano.

Después del colapso del socialismo ya no le hace falta y se ahorra los costos que la producción de esta apariencia produce. Se han destruido muros para construir nuevos muros. El Primer Mundo hoy se ve más bien como un gran archipiélago que aparece en todos lados, pero que surge en un mar circundante de espacios que ya no pueden integrarse ni económica ni socialmente. A pesar de que este archipiélago todavía está ubicado sobre todo en el norte, la relación no se puede entender más como una relación Norte-Sur. Se puede, sin embargo, marcar en el sentido de una exclusión.

Por supuesto, siguen existiendo centros, a pesar de que surgen ahora en forma de un archipiélago, y sigue existiendo una periferia, aunque conforma ahora un mar

circundante a las islas del archipiélago. Pero estos centros tienen ahora el carácter de enclaves, aunque el mercado mundial globalizado los engloba a todos. Ha surgido una división social del trabajo que presupone este mercado mundial globalizado, y lo necesita. Esta globalización se basa en la libertad de los flujos de mercancías y capitales y en la ausencia de intervenciones estatales u otros en estos flujos. Eso no implica de ninguna manera una ausencia del Estado. La globalización no es posible sin una acción constante y decidida de los estados. Sin embargo, los estados ahora funcionan sobre todo como instancia de la globalización que debe facilitar los flujos de mercancías y capitales y fomentarlos por subvenciones inmensas y que en tamaño superan la cantidad de subvenciones que el Estado social jamás haya efectuado. *Solamente en esta forma se considera la competencia como el verdadero motor de la globalización y la victoria de la competencia como eficiencia.*

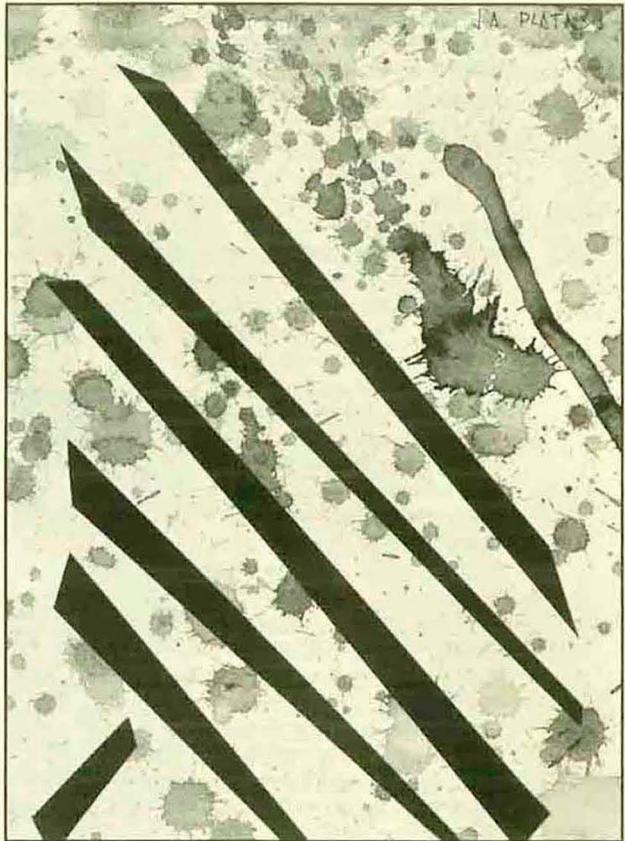
Esto tiene consecuencias para la inversión en capital productivo. Entiendo por capital productivo al invertido en la generación de capacidades productivas en la producción industrial, agraria y de materias primas y que haga abstracción de las inversiones en la infraestructura, regidas por otras reglas. Lo que ocurre ahora es que las posibilidades de la inversión en capital productivo son bloqueadas por el mismo proceso de globalización. En lo que se refiere a los enclaves del archipiélago, éstos siguen siendo altamente dinámicos y se desarrollan al ritmo que el proceso tecnológico les permite. El crecimiento económico de estos enclaves ocupa un capital invertido correspondiente a estas tasas de crecimiento. Sin embargo, este crecimiento intensivo es sobre todo de la productividad del trabajo. Un crecimiento extensivo —y por tanto más allá de estos enclaves constituidos— aparece sólo en casos limitados. Por eso se da la tendencia hacia la estagnación dinámica de los enclaves y del archipiélago de los centros en su conjunto. La globalización, con su libertad para flujos de mercancías y capitales, bloquea la posibilidad de un crecimiento extensivo del archipiélago. La producción resultante de inversión en nuevos capitales productivos requiere ser competitiva desde el comienzo para que pueda tener lugar. Pero, debido a que muy raras veces son competitivas sin protección y fomento, estas inversiones no son realizadas en muchos casos. El archipiélago conserva su dinámica hacia adentro, pero resulta incapaz para la expansión de esta dinámica. Así se explica la tendencia hacia la estagnación dinámica. Por un lado, la división del trabajo a escala mundial, que realizan las



empresas multinacionales, necesita la libertad de los flujos de mercancías y capital, por el otro lado, la imposición de estas condiciones bloquea la posibilidad de un crecimiento extensivo del capital productivo.

En este contexto, la teoría de las ventajas comparativas ha sido transformada en pieza clave de la ideología de la globalización. Esta teoría sostiene que cualquier forma de libre comercio internacional necesariamente se aplica en ventaja de todos los países que entran en este comercio. El peor de los casos concebidos es el caso en el que un país no obtenga ventajas, pero la teoría excluye la posibilidad de que un país pierda por aceptar el libre comercio. Según esta teoría, no es posible que comprar barato sea la manera más cara de comprar. Sin embargo, la transición al estancamiento y después a la contracción dinámica son completamente diferentes. En esta situación el libre comercio destruye mayores ingresos de los que se generan derivados de la compra más barata. Efectivamente se compra más barato, pero esta compra lleva a la destrucción de producción que había permitido determinados ingresos. Al destruir esta producción sin sustituirla por nueva y más eficiente se pierde este ingreso sin ninguna contrapartida igual o mayor.

Pero los teóricos de las ventajas comparativas no toman jamás en cuenta estos costos. Por tanto, y en contra de toda experiencia cotidiana, hablan indiscriminadamente de ventajas y jamás de pérdidas. Esto cambia completamente el carácter de las inversiones de capital en general. Aparecen muchos más capitales de los que sería posible invertir en capital productivo. Por tanto, una parte cada vez mayor de los capitales disponibles tiene que ser invertida especulativamente. Pero el capital especulativo tiene que realizar al menos la misma rentabilidad que el productivo. Por eso aparece ahora la cacería por posibilidades de ubicación rentable de los capitales especulativos. Sin embargo, tales posibilidades de inversiones especulativas se dan en especial en aquellos sectores de la sociedad que hasta ahora han sido desarrollados fuera del ámbito de los criterios de rentabilidad. Su transformación en esfera de ubicación del capital no productivo resulta la manera más fácil para encontrar lugares de aplicación del capital especulativo. Se trata sobre todo de las actividades del Estado que pueden ser transformadas en esferas para este capital. Sin ocupar estas actividades estatales el capital especulativo difícilmente encuentra ubicación. Eso explica la presión mundial hacia la privatización de todas las funciones del Estado para encontrar esferas de inversión no productivas. El capital ahora devora a los seres humanos: se transforma en un canibal. Cualquier actividad humana tiene que ser transformada en esfera de inversión de capital para que pueda vivir el capital especulativo: escuelas, jardines infantiles, universidades, sistemas de salud, carreteras, la infraestructura energética, los ferrocarriles, el correo, las



telecomunicaciones, los otros medios de comunicación, etcétera.

Los sueños anarco-capitalistas todavía van mucho más lejos. Inclusive la policía, la función legislativa y judicial y el mismo gobierno pretenden transformarse en esferas de inversión de estos capitales. El ser humano únicamente recibe la licencia para vivir y para participar en cualquier sector de la sociedad, siempre y cuando pague al capital especulativo bajo la forma del interés las cotizaciones correspondientes. Aparece un sobremundo, al cual hay que darle los sacrificios necesarios para adquirir el derecho a vivir. Pero la misma globalización a la vez aumenta el capital especulativo y presiona para generar posibilidades de inversión rentable. Cuanto mayor la competencia a través de salarios, ésta iguala los niveles salariales hacia abajo y tanto más se concentran los ingresos. Sin embargo, ingresos altos tienen una inclinación hacia un mayor ahorro que ingresos bajos. Por tanto, los nuevos capitales conllevan un aumento del poder, que presiona hacia la concentración de los ingresos, lo que produce una tendencia hacia un aumento

del propio capital especulativo y, por tanto, de la necesidad de encontrar nuevas esferas para su ubicación. Las privatizaciones, que se buscaban como solución y salida, llevan a la agudización del problema y con el tiempo a la disminución de los centros del archipiélago. Lo cual deriva en un proceso de encogimiento dinámico, que es el resultado de la estagnación dinámica. Ya se habla en Alemania del pasaje de la sociedad de la tercera parte hacia la sociedad de la quinta parte de la población. Eso resulta a pesar de que las tasas de crecimiento siguen siendo positivas y mantienen tal tendencia.

Sin embargo, también se desarrollan nuevos centros. Lo hemos visto en el caso de los llamados "tigres asiáticos" y lo vemos hoy en regiones de China y la India, pero también en otros países de Asia Oriental. Pero en ningún caso estos nuevos centros surgen por el sometimiento al proceso de globalización. Surgen más bien por su aprovechamiento. Estos países parten de un entrelazamiento estrecho entre dos grandes burocracias, es decir, entre la burocracia estatal y las burocracias empresariales. En esta coalición se realiza el fomento de las empresas nacionales para que tengan la capacidad de introducirse por medio de la exportación de mercancías y también de capitales en la economía mundial globalizada para desarrollarse como empresas multinacionales. Resulta una planificación económica que parte de las empresas y que se integra en un plan nacional del Estado, el cual fomenta a

estas empresas por medio de la política estatal de una manera tal que las empresas se pueden expandir. En este proceso se usan también los medios tradicionales del fomento del desarrollo, tal como las tasas arancelarias de protección, las limitaciones cuantitativas de las importaciones y la subvaluación sistemática de las monedas, pero también hay obstáculos para la inversión de capitales extranjeros en sectores claves de la producción. Además se opera con el fomento directo de empresas nacionales por medio de subvenciones estatales y una política de bajos salarios, la cual, sin embargo, se complementa muchas veces con la constitución sistemática de sistemas públicos de educación y salud.

Una política de este tipo obviamente resulta hasta hoy exitosa. Pero en América Latina no existe ni un solo país que haya llevado a cabo una política parecida. América Latina es el continente de

G. Frank— la lumpenburoesía. Chile, que ha hecho una política de exportación dinámica y exitosa, no ha invertido su capital en ningún desarrollo industrial relevante. Sus exportaciones son de tipo tradicional —productos agrícolas y de minería— sin mayor capacidad de exportaciones industriales. México renunció a la capacidad de una política parecida por su integración en el área del libre comercio del TLC. Brasil resulta incapaz de realizar una política de este tipo —no obstante la gran industria que surgió en el periodo de la política de sustitución de importaciones— porque sus más importantes ramas de producción industrial se encuentran en manos de empresas multinacionales extranjeras, que jamás se movilizarán para una política de este tipo. Para nombrar solamente

este ejemplo: por medio de limitaciones generales al flujo libre del capital extranjero y por la prohibición del capital extranjero en la producción de automóviles y debido al fomento sistemático de la empresa automovilística nacional, Corea del Sur logró constituir la empresa multinacional de automóviles Hyundai. Si Corea hubiera admitido el flujo libre de capital, posiblemente tendría empresas extranjeras, que producirían automóviles VW, Ford o Nissan. Sin embargo, la industria automotriz de Corea la conoceríamos en el mejor de los casos por libros o diarios, pero no tendría ninguna relevancia en el mercado mundial. Algo parecido vale para Japón: si no hubiera excluido al capital extranjero de su desarrollo como país, Japón no se habría desarrollado jamás.

Sería un país como México o Brasil. Sin embargo, cuando el presidente de Nissan en la década de los años ochenta habló en México con ocasión de la apertura de una empresa de Nissan, elogió el aporte positivo del capital extranjero para el desarrollo de México. Lo que no mencionó fue que si Japón hubiera hecho una política de desarrollo como el le recomendaba a México, Nissan ni siquiera existiría.

Sin embargo, una política todavía exitosa de este tipo no puede servir como modelo para un desarrollo generalizado. Esta política presupone el proceso de globalización para utilizarlo. Esta política es posible por la razón que muchos países y continentes están simplemente sometidos al proceso de globalización. Estos países mencionados de Asia están en favor del proceso de globalización, pero se exceptúan para poder aprovecharlo. Todo ocurre como en el cine. Si alguien se levanta, ve mejor que los otros.



Si se levantan algunos más, también ven mejor. Pero si todos se levantan, todos ven peor. Se trata de una política de desarrollo que presupone que la gran mayoría de los países no haga o no pueda hacer la misma política. Los países que realizan esta política tienen que estar en contra de que otros la apliquen también. Es similar al caso de los narcotraficantes que están en favor de la prohibición del tráfico de drogas debido a que la alta rentabilidad de este tráfico depende de la prohibición del mismo. No respetan la prohibición del narcotráfico, pero están en favor de su prohibición.

Los países mencionados no se globalizan, pero están en favor de la globalización.

LAS PERSPECTIVAS DE UNA POLÍTICA DE DESARROLLO GENERALIZADA

Hay otra limitación de la teoría de la dependencia de la década de los años sesenta. Las propuestas de solución elaboradas por tal teoría no tomaron en cuenta el problema del medio ambiente y de los límites del crecimiento que resultan de la amenaza de destrucción del medio. Sobre todo a partir de los análisis que realizó Ivan Illich durante los años sesenta en Cuernavaca, este punto de vista entró en las consideraciones de algunos teóricos de la dependencia, pero fue elaborado con más sistematicidad a partir de la década de los años setenta y la publicación del informe del Club de Roma sobre los límites del crecimiento en 1972. La teoría de la dependencia discutió ya en la década de los años sesenta el problema de la estagnación dinámica, que entonces se hacía notar en América Latina, y que hoy es llamado el *jobless growth*. Sin embargo, al no dar mayor importancia al problema del medio ambiente, se buscaba la solución en una generalización del crecimiento económico más allá de los límites que imponía esta propia estagnación dinámica. El crecimiento se seguía considerando la solución para asegurar la integración económica y social de la población, pero era necesario superar los límites del crecimiento que se hacían notar a partir de la estagnación dinámica. Los límites del crecimiento resultantes del medio ambiente apenas se advertían.

Con su posición, sin embargo, la teoría de la dependencia compartía las opiniones sobre el crecimiento de casi todas las teorías económicas y sociales de su tiempo.

Cuanto más se hacían conscientes durante la década de los años setenta de los problemas de la destrucción del medio ambiente, tanto más se empezaba a criticar el punto de partida de las tasas de crecimiento en dicha teoría. Esta crítica no tenía el propósito de una condena de por sí del crecimiento, sino que llevaba a la toma de conciencia de que la política del crecimiento no podía ser el valor supremo de la política económica y social y, por tanto, el crecimiento no podía ser tratado como la locomotora principal del progreso económico y social. También esta posición implicaba un conflicto con las ideologías de la globalización, que propagaban más que nunca el crecimiento económico —y a la eficiencia formal y la competitividad— como valor supremo de toda convivencia humana. Era como si la toma de conciencia del problema del medio ambiente aumentara más bien la disposición de seguir con su destrucción.

En América Latina, la globalización acentuaba aún más la tendencia hacia la estagnación dinámica. Más allá del *jobless growth*, el desarrollo económico se realizó con menos fuerza de trabajo y entró en una contracción dinámica. La fuerza de trabajo "liberada", sin embargo, tiene que sobrevivir de alguna manera, con el resultado de que se formó crecientemente un denominado "sector informal", que hoy como mínimo se extiende ya a un tercio de la fuerza de trabajo, y muchas veces inclusive a más de la mitad. Las personas en este sector viven de estrategias precarias de sobrevivencia y de las posibilidades de trabajo ahora "flexibilizadas". Sin embargo, este sector informal muchas veces aporta a la propia destrucción del medio ambiente que el gran capital lleva a cabo. Casi nadie cree todavía que alguna estrategia clásica de desarrollo, que siempre se basaba en estrategias de crecimiento, pueda superar esta situación. El crecimiento de la economía mundial globalizada puede ser tan alto como se quiera, pero no va a poder cambiar la situación de exclusión de grandes sectores de la población. Además, cuanto más se le fomenta, más destruye el medio ambiente del ser humano. Pero no va a llevar más a la superación de la exclusión. Hoy la exclusión de la población y la destrucción del medio ambiente van de la mano.

En América Latina se discuten soluciones posibles a partir de estos dos problemas: exclusión de la población y destrucción del medio ambiente. Las propuestas de solución del socialismo histórico ya no ayudan



mucho porque se basan igual que el proceso de globalización en la tasa de crecimiento como la locomotora del progreso. Una política de tales dimensiones no es capaz de superar la exclusión de la población, incluso en los centros, aunque se abstraiga de los efectos destructores sobre el medio ambiente. Si la exclusión de la población resulta inevitable dentro de cualquier política de crecimiento, hace falta enfrentar la misma economía de crecimiento, si se quiere todavía una solución a este problema. Dado el estancamiento dinámico, no se puede tener la competitividad como criterio central del desarrollo económico. La competitividad resulta en que siempre hay quien gana y quien pierde. Para el que pierde, esto equivale a una condena a muerte. El mercado



decide por medio de la pena capital. Competencia es una especie de guerra; el mercado no es un simple juego. Es una guerra, con todas las consecuencias que también la guerra tiene. Un desarrollo generalizado no es posible más que al intervenir en los mercados de una manera tal, que aquel que pierde en la competencia no sea condenado a la muerte. Por esta razón, el perdedor de la competencia tiene el derecho a protegerse. Pero no sólo el derecho. También es económicamente racional que lo haga. Al ser eliminado de la competencia, pierde mucho más de lo que podría ganar por los efectos positivos de la competencia. Por tanto, no debe aceptar el juicio del mercado, sino oponérsele. Producciones no competitivas son económicamente racionales siempre y cuando las ventajas de la competencia —es decir, el acceso a bienes más baratos— sean superadas por las pérdidas: las pérdidas de ingresos por medio de la eliminación de las producciones no competitivas.

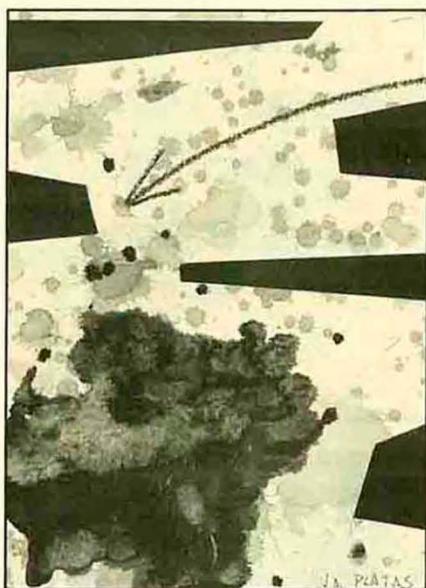
Este argumento en favor de la protección de producciones no competitivas es diferente al argumento propuesto por List. El argumento de List habla en favor de la protección transitoria hasta que una industria naciente se haga competitiva. Nuestro argumento anterior es en favor de una protección a más largo plazo y se deriva directamente del hecho del estancamiento dinámico. Este enfrentamiento a la propia economía de crecimiento, y por tanto, al criterio central de la competitividad es necesario también en relación con los llamados sectores informales. Éstos tienen que desarrollar una forma económica que les permita salir de las estrategias precarias de sobrevivencia. Pero ya no pueden apuntar

hacia la integración en el sector de acumulación de capital, sino hasta cierto grado tienen que desconectarse de él. Eso debería llevar a la constitución de sistemas de división del trabajo locales y regionales capaces de protegerse en contra del sometimiento al dictado de la división mundial del trabajo. Su organización interna se podría describir como una "producción simple de mercancía". Estos sistemas de división del trabajo locales y regionales probablemente hoy configuran la única posibilidad realista para devolver a los excluidos una base estable de vida. Pero eso presupone un proteccionismo nuevo diferente del clásico. Debe tener lugar en el interior de la sociedad y no simplemente en sus fronteras políticas externas.² Tiene que permitir y fomentar sistemas de división

del trabajo locales y regionales que en lo posible estén desconectados de la competencia de las empresas capitalistas orientadas por la acumulación de capital. Eso seguramente puede tener las más variadas formas: desde la protección de formas tradicionales de producir como hoy todavía sobreviven en las partes del continente habitadas por la población indígena, hasta la reconstitución de formas de producción simple de mercancía en los sectores urbanos, en los cuales todas las relaciones económicas han colapsado y existen simplemente por algunos trabajos ocasionales.

Soluciones en esta dirección parecen absolutamente necesarias si todavía queremos sostener algún proyecto de generalización del desarrollo en el sentido de asegurar una sociedad en la cual todos quepan. Para ello hace falta una restructuración de la propia economía del crecimiento orientada por el criterio de la acumulación del capital. Seguramente hay muchos problemas pendientes. Pero el problema hoy en día más urgente parece ser el de la imposición del capital especulativo (no productivo) sobre la sociedad mundial. Este capital se ha transformado en un sobremundo que estrangula todo mundo real y lo destruye. En la totalidad de los países de América Latina hoy los pagos de intereses ya ocupan alrededor de un tercio de los gastos totales de los presupuestos públicos. Se han transformado en el bloque de gastos más importante de estos presupuestos y tienen una tendencia ascendente. Devoran cualquier posibilidad de seguir cumpliendo con las funciones de los estados. Eso revela un problema fundamental de la economía. Existe una gran abundancia de capital-dinero y escasez de las posibilida-

des de inversión de capital. Todo el poder del capital se emplea para asegurar nuevas posibilidades y esferas de su colocación. Escaso no es el capital, escasas son las posibilidades de colocarlo. Es exactamente contrario de lo que supone la teoría económica neoclásica dominante, que sostiene que las posibilidades de colocación del capital son indistintas en principio, mientras el capital disponible es escaso.³ Sin embargo, el problema es reducir el capital-dinero disponible al tamaño de las posibilidades de colocación de este capital en forma de inversiones productivas. Hace falta limitar el capital a su función de alimentar inversiones productivas para enfocar paralelamente su compatibilización con las condiciones de existencia de sectores de producción simple de mercancía. Para ello, la reducción del espacio de operación del capital especulativo por medios monetarios, que ha propuesto el economista estadounidense Tobin, puede ser solamente un comienzo. Más allá, se trata de obstaculizar en sus fuentes la formación de este capital. Esto presupone actualmente dos medidas:



1. Solamente una redistribución de los ingresos hacia los más bajos puede limitar el surgimiento de capital-dinero que no encuentra posibilidades de inversión productiva y que, por tanto, tiene que buscar posibilidades no productivas (especulativas) de colocación. Esto se debe a que ingresos más bajos tienen una inclinación más baja a la formación de capital-dinero, particularmente en América Latina, que tiene la distribución más extrema de los ingresos en todo el mundo.

2. Hay todavía otra fuente de capital-dinero que no es posible colocarlo productivamente. Se trata de la formación de fondos inmensos de capital especulativo, como aparecen en especial en las compañías de seguros, sobre todo de seguros de vida. En las manos de fondos de este tipo surgidos en Estados Unidos (fondos de pensiones) se encontraron en 1992 más de la mitad del capital en acciones de todas las empresas multinacionales de este país.⁴ Además, existe un enorme capital-dinero que está vagando por los mercados financieros del mundo en constante búsqueda de colocación. Solamente se puede ejercer influencia sobre un desarrollo de este tipo, si se vuelve a plantear la necesidad de sistemas de seguros públicos, sobre todo en cuanto a seguros de pensiones. Esto, debido a que los sistemas públicos se basan en el principio del pago directo con el resultado de que en

cualquier lapso las cotizaciones pagadas por los asegurados cubren exactamente los pagos vencidos. Así, de las cotizaciones no se forman fondos de capital, sino que se transforman directamente en pagos de pensiones en el mismo periodo. Sin embargo, los sistemas privados de seguro funcionan de una manera diferente. Ellos capitalizan las cotizaciones para poder pagar las pensiones de un fondo acumulado de capital-dinero. Se transforman en un fomento irresistible del capital especulativo. Precisamente de los fondos de pensiones han surgido inmensos fondos de capital, que vagan por el mundo entero y que han transformado la producción —inclusive a las empresas multinacionales— en una simple esfera de colocación de este capital especulativo.

Evidentemente, estas consideraciones implican cuestionar radicalmente toda ideología de privatización hoy en curso.⁵ Las privatizaciones sólo fomentan el proceso de formación de capital especulativo y aumentan la velocidad de la avalancha que amenaza con sepultarnos a todos. Por supuesto, éste no es un listado completo de las medidas necesarias, pero es un apunte de los problemas que más se discuten en los círculos de América Latina cercanos a la teoría de la dependencia. ❖

* Director del Departamento Ecueménico de Investigación (DEI), Costa Rica.

¹ Véase Hinkelammert, Franz J., "Dialéctica del desarrollo desigual", *Cuadernos de la Realidad Nacional*, núm. 6, especial, Santiago de Chile, 1970. Publicado también en Hinkelammert, Franz J., *Dialéctica del desarrollo desigual*, EDUCA, San José, 1983, pp. 138 ss.

² Este problema también se discute en Europa; véase Lang, Tim y Hines, Colin, *The New Protectionism. Protecting the Future Against Free Trade*, Earthcan Publications, Londres, 1993 y Douthwaite, Richard, *Short Circuit. Strengthening Local Economies for Security in an Unstable World*, The Liliput Press, Dublin, 1996.

³ Véase Hinkelammert, Franz J., *Plusvalía e interés dinámico. Un modelo para la Teoría Dinámica del Capital*, Editorial Ensayos Latinoamericanos, Santiago, 1969.

⁴ Drucker, Peter F., *La sociedad post capitalista*, Norma, Barcelona, 1994, p. 88.

⁵ En su primer periodo de presidencia, Clinton intentó reformar el sistema de pensiones en Estados Unidos y formar un sistema público. Esta medida no era simplemente de política social, sino igualmente de política económica. Habría significado una seria limitación para estos fondos de pensiones. El plan fracasó. Resultó que los fondos de inversión son más fuertes inclusive que el presidente de Estados Unidos.